

de Romain Rolland y, sobre todo, el diario *L'Humanité*, que les abrió sus puertas desinteresadamente.

Termina Prochasson su libro señalando el retorno a la unidad entre los intelectuales socialistas, que forjan un frente común ante el auge del fascismo en los años 30, y la vuelta a la riqueza y variedad de lugares, medios y relaciones intelectuales anteriores a la guerra, de los que son un buen ejemplo las revistas *Révolution* y *Europe*, y asociaciones como *Solidarité internationale antifasciste*, creada en Barcelona en 1937 al calor de la guerra civil, o la *Ligue internationale des combattants de la Paix*, en las que participaron personalidades del relieve de Albert Einstein, Romain Rolland, Georges Pioch, Jules Romains, Paul Langevin, Victor Méric, Georges Duhamel etc.

Tras la apasionante lectura de este libro, sólo me queda decir que quizá el lector apetezca saber más de los intelectuales franceses, en estos primeros años de nuestro siglo, no sólo de los cercanos al socialismo, sino también de los que mostraron su fidelidad al comunismo en 1924, o de aquellos otros que desde el liberalismo o el radicalismo se reclamaban igualmente intelectuales. Es evidente que esto no es ni mucho menos un reproche a la obra de Prochasson, sino todo lo contrario.

José María Marín Arce

MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Biblioteca de Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1991.

Este libro de Jesús A. Martínez, que fue en su día tesis doctoral del autor, se suma a los ya numerosos estudios dedicados a la historia cultural del siglo XIX español, en este caso en una dimensión más sociológica que literaria: la evolución del público lector en la España liberal, con la incorporación al mismo de nuevos sectores sociales culturalmente emancipados por la Revolución burguesa.

En realidad, la investigación de Jesús A. Martínez se centra en la etapa comprendida entre 1833 y 1868, y por tanto resulta cronológicamente complementaria con el estudio de Botrel sobre la difusión del libro en España en el período 1868-1914 (Madrid, 1988). Ambas obras son también complementarias en su planteamiento y fuentes utilizadas: si Botrel analiza la evolución del mercado editorial español desde la perspectiva de la producción y la distribución, Martínez lleva a cabo un concienzudo estudio del factor consumo, mediante la reconstrucción de las bibliotecas particulares madrileñas a partir de los inventarios notariales conservados en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid.

El propio autor señala en la introducción las enormes posibilidades históricas de este tipo de fuentes, pero también sus limitaciones. Lo uno y lo otro se pone sobradamente de manifiesto a lo largo de su estudio. En primer lugar, la amplitud

de la información reunida y la excelente elaboración estadística realizada por J. A. Martínez ofrecen una sugerente visión de las aficiones literarias del público madrileño en un período fundamental de cambio histórico, en el que se asiste a una paulatina transformación tanto del gusto literario como de la función social de la lectura. Ese público lector aparece clasificado según ocho categorías sociales: 1. los miembros de las llamadas profesiones liberales; 2. la gran burguesía comercial y financiera; 3. los propietarios y rentistas; 4. los artesanos y fabricantes; 5. la pequeña y mediana burguesía; 6. los empleados; 7. los militares, y 8. los políticos y la élite burocrática. La información recogida permite dar una respuesta estadística a cada una de estas tres cuestiones respecto a cada uno de esos ocho grupos socioprofesionales: presencia o no de libros entre los bienes inventariados, media de libros por biblioteca y distribución temática de los títulos consignados en los inventarios.

El autor dedica buena parte de la obra a presentar con el máximo rigor y claridad los resultados estadísticos de su investigación. Entre las conclusiones *con- tables* de este trabajo nos encontramos pocas sorpresas: el grupo de los artesanos es el que ofrece un menor porcentaje en la conservación de bibliotecas (30,7%) y la media más baja de títulos por biblioteca (21), frente al de políticos y burócratas —prácticamente todos legan biblioteca—, con una media de 330 títulos, seguido, de lejos, por los profesionales, con 154 títulos de media. Políticos y burócratas son, igualmente, los que cuentan con mayor porcentaje de obras en otras lenguas, principalmente en francés, aunque los miembros de la gran burguesía les superan en ediciones originales en inglés. En las bibliotecas de los diversos subgrupos de las nuevas clases dominantes —élite burocrática y política, profesionales, militares, gran burguesía—, predominan las obras técnicas, de estudio y de consulta, mientras que la literatura y la religión parecen ser los temas predilectos de los estratos inferiores de las clases medias urbanas. La historia muestra una presencia significativa, aunque casi nunca preponderante, en todos los grupos sociales. Este dato, junto a las características de los principales autores consignados, es revelador de la necesidad de la burguesía y de la pequeña burguesía de formarse una conciencia histórica a la altura de los tiempos.

Por lo demás, Jesús Martínez apunta el prestigio social como una de las razones que lleva a la burguesía ascendente a rodearse de libros: la biblioteca sería, de esta forma, un elemento más en la formalización de un determinado status social y un complemento imprescindible en el nuevo hogar burgués. Hay también una necesidad profesional en los grupos vinculados al poder político y económico —burócratas, políticos, militares, etc.— de contar con una buena biblioteca especializada, manejable y más o menos al día. Y hay, naturalmente, una finalidad recreativa, que es más evidente en la pequeña burguesía urbana: empleados, artesanos, pequeños comerciantes...

Lectura y lectores... es un magnífico libro, que desbroza un campo de investigación sumamente farragoso, pero lleno de posibilidades para la realización de una verdadera sociología de la cultura. El autor hace algo más que reunir y ordenar una inmensa y aparentemente anárquica documentación: consigue que esos fríos y escuetos inventarios notariales cobren significado histórico. Una excelente

contextualización —por ejemplo, sobre los factores objetivos de la edición: producción, precio, tecnología, etc.— y unas conclusiones prudentes y atinadas redondean el libro de Jesús A. Martínez como una obra ejemplar, más allá de ciertas reservas que también conviene señalar.

Algunas son de detalle. Así, la referencia a Racine, Molière y Corneille como representantes del *teatro francés del siglo XVIII* (pp. 143 y 270), o las reiteradas alusiones a *Dupin*, por Dupuis, como autor del *Origen de los cultos* (pp. 196, 209, 317...). Pero hay, sobre todo, una cuestión de fondo. Al principio de esta nota me refería a las limitaciones propias de la documentación notarial manejada por el autor y evidenciadas en su estudio. El problema estriba en que la reconstrucción, por precisa que sea, de la biblioteca de un particular sólo nos da una vaga idea de la relación existente entre el propietario y cada uno de sus libros, de manera que ni siquiera tenemos la seguridad de que el dueño de la biblioteca haya sido lector de esas obras. Consciente de las carencias metodológicas de la documentación utilizada, el autor declara haber recurrido a ciertos materiales hemerográficos y a las memorias publicadas por algunos personajes de la época. No parece, sin embargo, que estas consultas complementarias hayan aportado gran cosa a la resolución del problema de fondo: conocer la relación efectiva existente entre el libro y su dueño. En este punto hay que reconocer que Jesús Martínez consigue avances más bien modestos, lo que, dada la calidad de su investigación demuestra la enorme dificultad del empeño.

Juan Francisco Fuentes

BERLIN, Isaiah. *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*. Barcelona, Península, 1992

En *Los orígenes de la Francia Contemporánea* Hipólito Taine sintetiza el gusto clasicista anterior a la sensibilidad romántica: en el Antiguo Régimen lo peor que se podía decir de un autor es que su obra «no se parecía a nada». Lo que para nuestra fatigada vanguardia, cansada de imitar lo original, sería un elogio ditirámico, para los clasicistas era un insulto. Sus aspiraciones estéticas se condenaban en la imitación de un ideal armonioso de belleza (lo que excluía la mimesis realista). Y estos artistas que, atados a reglas, tenían la humildad de imitar, lo hacían siguiendo una creencia común a los filósofos y a los reformadores políticos de la época: que existe un ideal de perfectibilidad universal y que la realidad presente, y sobre todo la realidad institucional, debe acomodarse a esta racionalidad. Acostumbrados como estamos en nuestros días a identificar la rebeldía con la originalidad, podríamos atribuir a estos «imitadores de la razón» el papel de unos vulgares filisteos, si no supiéramos que la historia de sus ideas es la de un camino que conduce en derechura a la Revolución Francesa. ¿Cómo se ha producido ese abismo entre su sensibilidad y la nuestra? ¿Desde cuándo el ideal igualitario y